

EL ERMITAGE ROMPE EL CASCARÓN

♦ Alexander Kan

Liberado de las trabas de la burocracia pero privado de financiamiento oficial, el gran museo de San Petersburgo procura adaptarse a los rigores del mercado mundial.

“Pese a la constante falta de fondos y a la lucha incesante para obtenerlos, no se me ocurriría cambiar el presente por un pasado que parecía sin problemas con un 100% del presupuesto asegurado”, dice Mijail Piotrovsky, director del Museo Estatal del Ermitage, en San Petersburgo. Piotrovsky sabe de qué habla porque vivió las dos épocas. Hijo del precedente director, prácticamente nació en el museo, que alberga, en el magnífico Palacio de Invierno, una de las colecciones de arte más ricas del mundo. Dio sus primeros pasos en alguna de las 350 estancias del Palacio y heredó de su padre la afición por el arte antiguo de Oriente.

El precio de la libertad

Desde pequeño fue testigo de la administración del museo como si se tratara de un negocio familiar. “Mi padre nunca tuvo que pensar en los innumerables problemas financieros que enfrentamos hoy en día”, señala. “Pero cada paso que daba tenía que ser aprobado por los burócratas del ministerio de Cultura en Moscú. Hoy carecemos de fondos, pero es el precio que hay que pagar por la libertad. Debemos conservar ese poder de decisión.” Un punto de vista que sigue pareciendo revolucionario en el Ermitage.

Constituido a partir de la modesta colección privada de la dinastía imperial rusa de los Romanov, el Ermitage fue durante casi dos siglos una torre de marfil del arte, muy lejos de los plebeyos afanes de ganarse el pan cotidiano. Venerado primero por el gobierno del zar y después por el Politburó del Partido Comunista como un símbolo de la riqueza y el poder del Estado, recibía puntual y regularmente generosas asignaciones.

El derrumbe de la Unión Soviética a fines de 1991 liberó al museo del peso de la burocracia, pero lo enfrentó a un problema totalmente nuevo: la incapacidad crónica del Estado de cumplir con sus compromisos financieros. Incluso en 1996, un año relativamente estable, el gobierno fijó su presupuesto en 40 millones de dólares en vez de los 60 millones solicitados por el museo,

que de hecho terminó por recibir solamente 18. En 1997, considerado hoy como el mejor año de la historia de la Rusia postcomunista, el Ermitage necesitaba 90 millones de dólares, sólo 30 millones fueron aprobados y en definitiva se le entregaron 12. En 1998, de los 7,4 millones solicitados, se aprobó un presupuesto de 5,4 millones, pero el museo recibió sólo la mitad.

Sin embargo, para Piotrovsky el año más difícil fue 1992, cuando fue nombrado director. No sólo porque este distinguido especialista en historia árabe tuvo que

sumergirse de cabeza en asuntos administrativos de rutina, sino también porque el Ermitage, como todas las demás instituciones culturales rusas, tuvo que aprender a navegar en las turbulentas aguas de la economía de mercado: recortes presupuestarios drásticos, inflación galopante, fondos insuficientes para el mantenimiento mínimo del edificio, por no hablar de ampliar o enriquecer las colecciones.

La afluencia de asesores e interlocutores no facilitó para nada la adopción de decisiones. A menudo formulaban recomendaciones contradictorias, y su competencia era difícil de verificar. Luego, junto con el Teatro Bolshoi y la Biblioteca Lenin de Moscú, el Ermitage fue seleccionado para convertirse en proyecto modelo de la UNESCO en Rusia. Un equipo internacional de expertos encabezado por Edmund Pillsbury, ex director del Museo de Arte Kimbell de Forth Worth (Texas, Estados Unidos), viajó a San Petersburgo. El equipo se convirtió en Consejo Asesor Internacional que ahora incluye, bajo la presidencia de Pillsbury, figuras respetadas del mundo de los museos, como los directores o ex directores del Louvre, las National Galleries de Washington y Londres, del Philadelphia Art Museum y del Rijksmuseum de Amsterdam. El Consejo, cuyos integrantes trabajan como voluntarios, se reúne en San Petersburgo una vez al año.

Apoyo exterior

A partir de un vasto plan de desarrollo elaborado por el Consejo, la UNESCO solicitó el apoyo de patrocinadores. En 1994, el gobierno de los Países Bajos envió la primera donación importante de 1,2 millones de dólares. “Los neerlandeses estaban muy al corriente de la situación del Museo”, recuerda Stuart Gibson, coordinador del proyecto Ermitage de la UNESCO. “Deseaban destinar esos fondos a mejorar la administración en aspectos tan tediosos pero esenciales como la informatización de la contabilidad y los estudios de viabilidad sobre la protección de los cimientos en caso de inundación.” La misma subvención permitió que un grupo de restauradores del

MÁS DE DOS SIGLOS DE HISTORIA

1764: La emperatriz rusa Catalina La Grande adquiere 225 pinturas de los maestros holandeses y flamencos para un museo real instalado en el Palacio de Invierno, su nueva residencia en San Petersburgo. Este es el origen de una colección que hoy suma casi tres millones de objetos que abarcan culturas y civilizaciones desde la Edad de Piedra hasta la época moderna.

1852: Se construye un nuevo edificio para albergar las principales colecciones (llamado luego Nuevo Ermitage). El zar Nicolás I autoriza el acceso al público. Entre las colecciones adquiridas están objetos de oro del arte escita provenientes del sur de Rusia (a partir de 1830), antigüedades griegas y romanas (Roma, 1861), así como objetos de arte oriental, bizantino y medieval (París, 1884).

1917: El Palacio de Invierno y el Ermitage se convierten en museos estatales.

1941: La Alemania nazi ataca a la Unión Soviética. Dos millones de objetos son evacuados a los Urales para protegerlos. Una parte de las colecciones que quedan bloqueadas en el museo sobreviven intactas al sitio alemán de la ciudad.

Junio de 1999: El Ermitage crea un sitio Internet (www.hermitagemuseum.org) que da acceso al catálogo digital de su colección y que presenta hasta el momento algo más de 3.000 obras. ■

♦ Periodista ruso, redactor del *World Service* de la Bbc



© Roger Cahy/Society/Camma, Paris

Sólo el 5% de las colecciones del Ermitage están expuestas en el antiguo palacio de Catalina II, aunque hay proyectos de desarrollo en marcha.

Ermitage llevara al Rijksmuseum de Amsterdam la famosa colección Rovinski (640 grabados y aguafuertes de Rembrandt) para su restauración. Ello les permitió establecer valiosos contactos con sus colegas neerlandeses. Además, una fundación de los Países Bajos tuvo la idea de reunir fondos para abrir, en Amsterdam, una o varias salas del Ermitage. Está en estudio una exposición de sus obras, por rotación, llamada "El Ermitage a orillas del Amstel".

En octubre de 1999, el Ermitage anunció que aplicaría la misma idea de un "museo satélite" en Londres. Proyecta abrir un espacio permanente de exposición en Somerset House, una mansión del siglo XVIII donde funciona el Instituto Courtauld, la principal escuela de historia del arte del Reino Unido, y una galería de arte con una valiosa colección de pinturas impresionistas y postimpresionistas.

La recolección de fondos, una noción tan nueva en Rusia que ni siquiera existe un término para designarla, se ha convertido en una fuente importante de ingresos para el Ermitage. La contribución federal al presupuesto anual sigue disminuyendo (de 70% en 1997 pasó a 61% en 1998) y la recaudación por venta de entradas ha bajado aún más drásticamente. En 1989, el Ermitage recibía 3,5 millones de visitantes; en 1998, esa cifra descendió a 1,8 millones. Como la mayoría

de los visitantes son rusos, que pagan la suma irrisoria de 15 rublos (menos de un dólar) el billete, las entradas permiten sufragar una proporción insignificante del presupuesto. Los visitantes extranjeros pagan mucho más —250 rublos (10 dólares)—, pero Piotrovsky no tiene ningún escrúpulo en justificar esta política de doble tarifa. "Los

El derrumbe de la Unión Soviética liberó al museo del peso de la burocracia, pero lo enfrentó a un problema nuevo: la incapacidad crónica del Estado de cumplir con sus compromisos financieros.

ciudadanos rusos financian los museos a través de los impuestos, por lo que tienen pleno derecho a obtener un descuento, y lo mismo ocurre con los niños y los estudiantes de cualquier nacionalidad. En general, son los agentes de turismo los que protestan contra la doble tarifa, pues antes compraban nuestras entradas baratas y las revendían a los extranjeros con 1.000% de beneficio."

Los rusos no pueden pagar entradas más caras. El salario medio mensual de un

conservador del Ermitage, entre 1.000 y 1.500 rublos (40 a 60 dólares), que de ningún modo es de los más bajos del país, así lo demuestra. Por la misma razón, otra posible fuente de ingresos —las tiendas de los museos— no ha sido una prioridad. Como el poder adquisitivo del público ruso seguirá siendo bajo, no vale la pena invertir en proyectos comerciales de ese tipo.

Ello nos remite nuevamente a la recaudación de fondos, y a la extrema importancia que todos —Piotrovsky, Gibson, Pillsbury— atribuyen al hecho de que el Ermitage es la primera institución cultural rusa cuyo presupuesto, calculado gracias al equipo informatizado comprado con la donación del gobierno neerlandés, se da a conocer públicamente con absoluta transparencia. "Es un cambio revolucionario", afirma Nicholas Hoffman, especialista estadounidense en recolección de fondos que ayudó al recién creado departamento de desarrollo del Ermitage a elaborar estrategias con en ese fin y a aplicar las complejas técnicas necesarias. "Han aprendido muy rápido. El personal del museo se ha dado cuenta de que los donantes —trátese de fundaciones, empresas o individuos— deben saber adónde van sus contribuciones para estar seguros de que su dinero no se desperdicia, ni es objeto de malversaciones. Hasta ahora el Ermitage ha salido más airoso que cualquier otra institución ▶



© Derek Hudson/Sygnia, Paris

En 1998, 1,8 millones de personas, en su mayoría rusos, visitaron el Ermitage, una cifra en descenso.

► rusa en ese aspecto. El sistema todavía no es perfecto, y no cabe duda de que para una fundación sería más fácil hacer una donación, por ejemplo, al Museo Metropolitano de Nueva York, por el mero hecho de que éste le lleva treinta o cuarenta años de delantera en la materia.” Piotrovsky señala con legítimo orgullo que el presupuesto global del Ermitage se ha multiplicado por diez, hace diez años representaba apenas 1% del presupuesto del Metropolitan frente a 10% hoy día.

Uno de los ejemplos más logrados de cooperación entre el Ermitage y el sector privado es el sitio Internet bilingüe (ruso e inglés) creado gracias a una subvención de dos millones de dólares de IBM. Y aunque el banco de datos sólo presenta hasta ahora una ínfima proporción de la gigantesca colección de 2,5 millones de obras de la pinacoteca, “es tan avanzado que coloca al Ermitage entre los primeros museos del mundo en cuanto a utilización de tecnología informática”, afirma Pillsbury.

Cabe preguntarse si algunos representantes de la próspera comunidad de empresarios rusos se han sumado a los donantes y patrocinadores occidentales. “Los nuevos hombres de negocios no se convierten en auténticos mecenas de la noche a la mañana”, responde Piotrovsky. “No se puede decir que los empresarios rusos se hayan precipitado para ofrecernos ayuda. Pero acabamos de recibir una donación cuantiosa de Vladimir Potanin, uno de los hombres más ricos de Rusia, fundador y dueño del

United Export Import Bank (UNIEXIM). La oficina de Potanin explicó que esa donación “se utilizará para crear el nuevo espacio de exposición del Ermitage que se inaugurará este año” en el edificio llamado del “Estado Mayor”. La mitad de este edificio neoclásico en forma de medialuna que, junto con el Palacio de Invierno de estilo barroco, delimita la plaza del Palacio de San Petersburgo, fue cedido al Ermitage y está previsto que se integre en un proyecto denominado el “Gran Ermitage”. Gracias a este espacio adicional, el público podrá admirar

La recolección de fondos, una noción tan nueva en Rusia que ni siquiera existe un término para designarla, se ha convertido en una fuente importante de ingresos para el Ermitage.

10 a 15% de la colección, mientras que actualmente sólo se expone un 5%.

La idea inicial era crear un nuevo museo de artes decorativas y aplicadas que rivalizara con el Victoria and Albert Museum de Londres y el Museo de Artes Decorativas de París. Pero ese tipo de exposiciones suelen atraer menos visitantes que las colecciones de pintura y escultura. En vista de

ello, el Consejo Asesor propuso trasladar al nuevo edificio la famosa colección de impresionistas del Palacio de Invierno. Ya se ha dado el primer paso. Grandes telas de los pintores Maurice Denis y Pierre Bonnard, que nunca se habían mostrado con anterioridad por falta de espacio, se presentan ahora en unas pocas salas recién restauradas del edificio del Estado Mayor.

“El traslado de la colección impresionista es una medida muy atinada”, afirma la crítica de arte Kira Dolinina. “Se exhibían en la segunda planta del Palacio de Invierno, amontonados en salas pequeñas de techos bajos. En verano las salas eran tan calurosas que los guardianes tenían que abrir las ventanas, lo que dañaba las pinturas. Esta colección es sumamente popular y sin lugar a dudas merece un museo separado. El nuevo edificio permitirá admirarla. Pero, ¿es compatible con las artes decorativas y aplicadas? En realidad, se trata de dos museos diferentes. Los grandes museos que recientemente se han ampliado— el Rijksmuseum, el Louvre, la National Gallery de Londres— han encontrado todas las soluciones conceptuales antes de proceder al traslado efectivo de las obras. Por el momento, el concepto artístico del Gran Ermitage es aún muy vago.”

Proyectos de futuro

Mientras tanto, el incansable Piotrovsky está embarcado en un proyecto más ambicioso. Desea convertir al Gran Ermitage en un centro cultural y comercial, con sala de conciertos, cine, restaurantes, hotel, galerías y tiendas, por un costo global de 150 millones de dólares. En sus frecuentes viajes a Londres y a Nueva York, Piotrovsky busca activamente inversores y un promotor. Se trata de un proyecto a largo plazo, con miras más al 250 aniversario del museo, en 2014, que al tricentenario de la ciudad, en 2003.

¿Es el Ermitage un ejemplo excepcional en medio del panorama sombrío de la Rusia actual? Por un lado, la respuesta es afirmativa. Líder indiscutido de los museos rusos, administrado por un director cosmopolita, de renombre internacional y seguro de sí, el Ermitage se está ganando lentamente un lugar entre los mejores del mundo por la diversidad y el tamaño de sus colecciones, y por la envergadura de sus planes de desarrollo. Por otro, sigue sufriendo los inconvenientes de una infraestructura inadecuada y de exceso de personal, a una parte del cual le resulta difícil aceptar el ritmo acelerado de los cambios.

Hasta ahora el Ermitage ha logrado conservar a sus jóvenes especialistas, competentes y abnegados, dispuestos incluso a trabajar de noche como taxistas para poder volver al día siguiente al mundo del arte. Si todo el país logra entrar en el tercer milenio con tanta confianza y entusiasmo como el Ermitage, el museo tendrá menos motivos de preocupación. ■